

Director de Asuntos Políticos y Diplomáticos y Director de la Academia Diplomática del Perú

Los dos años de Yugoslavia fueron muy interesantes y productivos y con gusto hubiera permanecido un año más, inclusive para que nuestros hijos se sintieran más compensados por el enorme esfuerzo que habían hecho para insertarse en la educación yugoslava. No fue así, pues el Embajador Jorge Morelli, con quien había servido en la Dirección de Planeamiento y era en 1982 Secretario General de Relaciones Exteriores, me manifestó personalmente necesitarme en Lima para el cargo de Director de Asuntos Políticos y Diplomáticos.

Me fue muy grato trabajar con él y con mi jefe inmediato el Embajador Hubert Wieland Alzamora Subsecretario de Política Exterior. Ambos tenían las más altas calificaciones profesionales, eran personas cultas y afables y tuvimos magnífica amistad. Los recuerdo con todo respeto y gratitud. Hago aprecio del apoyo de Julio Balbuena como sub-Director y de los Jefes de Departamento como José Antonio Arróspide, Manuel Picasso, Maritza Puertas de Rodríguez, Felipe Beraun y otros jóvenes funcionarios de notable competencia que fueron valiosos colaboradores en la tarea.

La antigua Dirección de Asuntos Políticos y Diplomáticos tenía a su cargo el gran número de temas bilaterales de esa naturaleza y estaba constituida por departamentos para las distintas áreas geográficas. No trataba las cuestiones económicas, pero su relación y coordinación con esa área del Ministerio, al igual que con la de Organismos Internacionales y otras era permanente.

Para desarrollar la interacción con nuestras embajadas y sus múltiples pedidos de instrucciones, así como también los requerimientos de las misiones diplomáticas en Lima, recibía numerosos Embajadores, mantenía contacto diario con el Subsecretario de Política Exterior y con el Secretario General e incluso con el Ministro era también frecuente. En el día a día, implicaba procesar numerosas comunicaciones y documentos, preparar memorandos informativos para la superioridad, sugerir cursos de acción, transmitir o ejecutar las decisiones y dar seguimiento a los temas. Requería también numerosas coordinaciones con otras dependencias de la Cancillería y distintos sectores del Estado. Por el cargo, debía también participar en numerosas actuaciones oficiales y diplomáticas y casi cada día era necesario atender invitaciones a almuerzos, recepciones y cenas. Pude confirmar que cuidar el estómago y también el hígado, no es mala idea siendo diplomático y posiblemente en cualquier otra actividad humana.

A todo ello se sumaban muchos viajes oficiales, fuere por cuestiones bilaterales o multilaterales. Mi vieja amistad con José Urrutia, Director de Organismos Internacionales, facilitaba mucho nuestra tarea. En aquellos años participé en todas las delegaciones a la Asamblea General de Naciones Unidas, a algunas de la OEA, a no pocas del Movimiento No Alineado y a numerosas otras en distintos países. Cada una suponía tareas de coordinación, preparación y ejecución con otras dependencias, la mayoría de las veces a cargo de colegas y amigos cuyo profesionalismo y disposición hacía que pudiéramos llevar a la consideración del Sub Secretario Wieland, del Secretario General y a veces del propio Ministro, propuestas y planteamientos mejor sustentados.

En 1985 el entonces joven y recién electo Presidente Alan García, sorpresiva pero gratamente, designó como Canciller al también entonces joven Ministro en la Embajada en Estados Unidos Allan Wagner. Con Allan nos unía una buena amistad y como Director de Asuntos Políticos y Diplomáticos fue un privilegio colaborar de alguna manera con su muy activa gestión. El nuevo Canciller la inició el mismo día del cambio de gobierno pues, aprovechando la presencia en Lima de las delegaciones que asistieron a la trasmisión de mando, hizo que se estableciera con Argentina, Uruguay y Brasil, un "Grupo de Apoyo" al ya actuante "Grupo de Contadora" conformado por Colombia, México, Panamá y Venezuela, que realizaba las gestiones a su alcance en relación al desastroso conflicto centroamericano, que fue probablemente la última confrontación bélica por "proxis" o intermediarios de la Guerra Fría.

Ese conflicto se prolongó aun por buen tiempo, pero eventualmente llegó a su fin, no solamente por la actuación de los mencionados grupos latinoamericanos, sino también la decidida participación de Naciones Unidas y su Secretario General Embajador Pérez de Cuéllar, con el apoyo del también distinguido diplomático peruano Álvaro de Soto. En alguna manera intervinieron las circunstancias que produjeron la implosión del socialismo real y el fin de la Guerra Fría. Pero hasta ese final, obviamente fueron necesarias numerosas gestiones y actuaciones políticas y diplomáticas. Apelando a la memoria, me parece que un momento particularmente importante fue una reunión en Caraballeda, Venezuela donde se aprobó una declaración que incluía un número de indicaciones específicas para la determinación de la naturaleza democrática o no de un régimen político. Lo recuerdo porque fue con José Antonio Arróspide y otros competentes funcionarios de la Dirección, que pergeñamos un texto que hizo parte de ese importante acuerdo.

Recuerdo también las distintas gestiones políticas realizadas en ocasión de la Asamblea General de Naciones Unidas y de las que, derivaron entre otras una visita oficial del Canciller del Perú al Ecuador que no se había realizado en mucho tiempo; así como un encuentro también oficial en Arica con el gobierno chileno. En el caso de Quito, las actividades incluyeron una entrevista con el Jefe del Estado, la revisión de las condiciones de la relación en el momento y el propósito de mejorarlas, un almuerzo de trabajo ofrecido por el Embajador Felipe Valdivieso Belaúnde a los Cancilleres; y esmeradas atenciones que el Canciller peruano retribuyó con una concurrida recepción en los magníficos ambientes del Convento de San Francisco, uno de los monumentos históricos más hermosos de Quito.

En el caso de Arica, se trató de las sensibles cuestiones relativas al cumplimiento de temas pendientes del Tratado de Lima de 1929, incluyendo el malecón de ataque o muelle para uso del Perú. Se produjo una sustantiva discusión política sobre lo que la somera denominación contenida en el tratado requería para traducirse en la práctica. Sostuvo enérgicamente el Canciller Wagner el punto de vista de que se trataba de un sistema integrado de servicios, cuyo detalle no corresponde examinar aquí. También otros importantes temas fueron discutidos en esa oportunidad, destacándose la sólida presentación de las sustentaciones legales por el destacado Jurista y buen amigo Roberto MacLean. Fueron ciertamente actuaciones iniciales sumamente dinámicas, demostrativas de la

política exterior proactiva que proyectaba el Canciller y conducía de manera dinámica y eficaz.

El Canciller también activó la relación con Brasil. En uno de sus viajes para una reunión conjunta de los grupos de Contadora y Apoyo en Rio de Janeiro, posiblemente insatisfecho con las discusiones diplomáticas, solicitó que los Cancilleres se reunieran sin ningún asesor. En ella se aprobó su propuesta de establecer, con los miembros de ambos grupos, un foro de consulta y concertación política que pasó a denominarse “Grupo de Rio” y tuvo significativa actuación internacional por varios años, hasta que su indetenible y posiblemente inevitable expansión fue desdibujando los propósitos y la voluntad política del grupo original.

En mi último año como Director, por decisión del Canciller Wagner y el Secretario General Wieland, ocupé también el cargo de Director de la Academia Diplomática. Tarea sumamente honrosa, por cierto, pero que exigió incrementar la carga de trabajo. Felizmente, la Academia funcionaba en una vieja casona alquilada a pocas cuadras del Ministerio. Con la apreciada ayuda del Consejero Harold Forsyth, la orientación del Embajador Juan Miguel Bákula y de la planta de profesores, fue posible cumplir el encargo. Por iniciativa del Canciller se organizó y realizó en Lima la primera Reunión de Directores de Academias Diplomáticas de América Latina, que resultó exitosa e inició una práctica que creo entender aún se mantiene.

Fueron cuatro años intensos, instructivos y por momentos también divertidos, por ejemplo, al recibir la visita de cortesía del nuevo Embajador de un país de habla inglesa, me preguntó si jugaba golf de a lo que respondí que no. Me preguntó si jugaba tenis y nuevamente di respuesta negativa. Me dijo entonces “Oh, I know, Mr. Ambassador, you are a bridge player” y respondí “No Mr. Ambassador, I do not play bridge and in fact, I don’t even know what I am doing here”. Como buen profesional, entendió perfectamente la broma y tuvimos una excelente relación. Recuerdo esos años con gratitud, adicionalmente porque pude enseñar en la Academia Diplomática, una o dos universidades, publicar algunas cosas y disfrutar de la adolescencia de los hijos que muy pronto nos dejaron para emprender estudios universitarios en el extranjero y sus propios recorridos por el mundo.